ciones entre ambos países. Desde 1931 Tokio se niega a firmar el pacto de no agresión que le ofrece Moscú cuya política perseverante de paz consiste, sobre todo, en deshacer las intrigas y en reforzar la capacidad de defensa autónoma del Extremo Oriente Soviético. El general Terauci, para explicar la negativa japonesa inventó una teoría singular, según la cual los países que proponen semejante pacto tienen intenciones agresivas. Por este deseo de paz la U.R.S.S., despreciando todos los atentados cometidos en 1933 contra el ferrocarril del Este chino, resolvió venderlo al Manchukuo. Pero las esferas militares japonesas quieren la guerra con la U.R.S.S.; desean Siberia y la Mongolia Exterior, sueñan conquistar posiciones más favorables en el norte del Pacífico y, más que todo, temen la edificación económica y cultural en el Extremo Oriente soviético, el desarrollo de los medios de transportes, de la agricultura y de la industria, que consideran como otras tantas amenazas.

El estado mayor japonés se apoya en los rusos blancos. El arzobispo ortodoxo Néstor escribía en 1934, en un folleto editado en Belgrado (*Esquema del Extremo Oriente.*)

Cuando el Japón haya reconocido la necesidad de combatir, combatirá... La hora de la gran lucha llega y nosotros, los emigrados rusos, esperamos esta lucha con el estremecimiento que da la esperanza, preparándonos constantemente a cumplir con nuestro deber hacia nuestra gran patria.

Ha habido entrevistas entre rusos blancos y el estado mayor del ejército de Kuang Tung para la creación de un estado independiente que se extendería hasta el Baikal. Todo el mundo conoce, igualmente, la tarea de provocaciones y de sabotages llevada a cabo en la U.R.S.S. por los agentes del Japón y de Alemania. Por otra parte, no hay que confundir al pueblo japonés con sus dirigentes. Cuando en agosto de 1936 el antiguo embajador del Japón en la U.R.S.S., Ohta, declaró que la Unión Soviética era pacífica, que su ejército sólo tenía fines defensivos y que las relaciones comerciales entre ambos países tenían que mejorar, hubo, incluso en ciertos medios capitalistas, gran alegría y numerosos periódicos pidieron que se firmara un pacto de no agresión. Los combatientes antifascistas no pueden, en el Japón como en todas partes, más que exigir el respeto a la U.R.S.S.

EL JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS

De todos los Estados capitalistas, los Estados Unidos son los más opuestos al Japón. A pesar de ello, los yanquis son los mejores clientes (casi toda la seda cruda) y los proveedores más importantes de los japoneses (90% de los autos, 60% de las máquinas, 60% del algodón, 55% de la madera, etc.). Les han prestado numerosos capitales (en 1932, 453 millones de dólares, de los cuales 161.9 al Estado y 41.3 a ciudades). Por otra parte, los Estados Unidos sufren apenas con el dumping japonés, pues las telas de algodón y, en general, los objetos vendidos por el Japón, cuentan poco en sus exportaciones y la flota americana sólo desempeña un papel mediocre en el Pacífico. Sin embargo, hay que anotar la concurrencia más viva en los países agrarios de la América del Sur y la entrada creciente de telas de algodón a los Estados Unidos (1 millón de yardas en 1933 y 75 en 1936), que han tenido que adoptar una política de contingentación. Si la exportación japonesa de productos químicos, de máquinas y de conservas aumenta, la guerra comercial entre los dos países se hará inevitable.

El problema chino es el que opone más a Washington con Tokio, aunque los capitales americanos en China (260 millones de dólares en 1933) estén invertidos en las ramas de actividad en que la rivalidad japonesa es débil, en razón de que los mercados europeos se cierran cada vez más y los mercados asiáticos están llamados a desempeñar un papel de día en día mayor. Los Estados Unidos se atienen en consecuencia, al principio de la puerta abierta en China y como bien pronto se van a ver obligados a la exportación en masa de capitales, velarán por la seguridad de esta exportación. No hay que olvidar que los Estados Unidos, al contrario que Francia, Inglaterra, etc., no tienen ninguna concesión en China.

El antagonismo japón-americano es ya viejo. Data de la instalación de los Estados Unidos en las Islas Hawai y en las Filipinas (1898). La mediación de Washington en 1905 lo agravó, así como las diversas leyes que prohibían la inmigración nipona a los Estados Unidos. El presidente Wilson, durante la inauguración del Canal de Panamá, en 1914, declaró: "En la historia de la humanidad comienza una nueva era, la era del Pacífico". Precisemos, la de los antagonismos del Pací-